

Extraordinariamente vivo

Javier Lorenzo Candel

Ante la obra poética de Mario Benedetti es necesario mostrarse como un inagotado caminante en busca de los lugares más hermosos de su propia literatura, y digo esto porque uno no puede dejarse llevar por su poesía como si fuera un turista desorganizado que atiende tanto a los monumentos que se cruzan en sus rutas diarias como a los sonidos de los coches o las sirenas de una u otra ciudad, de uno u otro país.

Pero el lector avisado aprende a ir caminando por los nuevos poemas de Benedetti con el paso justo, disfrutando del mensaje que el autor frecuenta, dejándose llevar por el ambiente creado para la ocasión, por la ocasión que va dejando su propio ambiente.

Y una vez más, el poeta uruguayo nos acoge en sus circunstancias de vida, nos ofrece sus sentimientos más trascendentes en un puñado de poemas casi definitivos que tienen como registro fundamental, la pérdida, el dolor, el final esperado, aquel que, a pesar de todo, nunca se espera.

Con *Canciones del que no canta*, Benedetti, mucho más alejado del poema político e instalado en el sentimental, deja la palabra para que sea el lector el que la diga, él propone la carga emotiva de su verso para que el lector, el trovador, el cantor reviva el mensaje y, haciéndolo suyo, sea capaz de transmitirlo. Porque la poesía del uruguayo sangra desde la cita y va derramando recuerdos que, como hitos de una vida, vienen a adueñarse del camino final, de aquel camino que nos va quitando amor para dejarnos solos ante la pérdida, desolados en el último tramo, aquel que empuja, seguramente, hacia la eternidad.

Mario Benedetti: *Canciones del que no canta*, Visor, Madrid, 2007.

Es necesario entonces aprender a decir aquello que Benedetti nos propone. Y esto no es otra cosa que intentar ser el sonido de «esta canción de los que no cantamos/ (que) andará un tiempo huérfana de música». Parecería aquí que la voz que el poeta uruguayo llegó a ser para muchas generaciones quedara en suspenso, aletargada, enferma del daño propio de la vida. Aquella voz armada de deseos, de intenciones, de lucha, se hubiera precipitado, desde la pérdida, al origen del silencio como si ahora sólo tocara callar. Pero en el transcurso de la lectura nos damos cuenta de que, afortunadamente, no hay silencios que pueden suplir al sentimiento del poeta. Todo queda dicho y de qué forma.

Cuatro partes componen *Canciones del que no canta*, cuatro maneras diferentes de acercarnos a los últimos poemas de Benedetti. La primera se adentra formalmente en el género canción, que ya había sido tratado, apoderándose del octosílabo como el elemento fundamental del ritmo. Entre títulos de gran interés como «Eros» en el que el sentido del humor rebrinca en cada verso, o «Calidoscopio» mucho más trascendente y con un guiño literario muy cervantino en los últimos versos, asistimos también a la lectura de la «Milonga de los perdedores» o «Milonga de la vejez» en las que se propone el tema, obvio desde el título, que se abrirá de una manera definitiva en otras partes del libro. La voz del tango se mantiene intacta en cada uno de los poemas referidos, la voz de Adriana Varela o de Susana Rinaldi, como una propuesta personal para poner sonidos, tal y como el autor nos solicita, a esta primera parte.

La segunda parte de *Canciones del que no canta* está dedicada por entero a la forma soneto. El autor nos enmarca estos versos con el título «Sonetos con destino», donde cabe destacar algunas de las composiciones más bellas del libro. Aquí Benedetti todavía nos zarandea con problemas morales, con desconciertos propios de la sociedad, con las políticas de los hombres y las del sentimiento, con las durezas de lo cotidiano.

Y como si de un descenso a los mundos tremendos de la nostalgia se tratara, la tercera parte «De amor y de vida» se adentra de una manera definitiva en el dolor. Ya la soledad se hace con las estancias de la casa, ya el recuerdo se convierte en el único alimento necesario, ya la pérdida lo inunda todo: «la miro y la

recuerdo cómo era/ con su cariño de 24 horas/ y al verla ahora otra es su quietud/ cargo mi soledad en la mochila.». O estos versos de «Ayer»: «Me quedaré con el ayer contrito/ ensimismado mustio cabizbajo». La prueba elemental del desarrollo literario de esta tercera parte vendría muy bien definida por los títulos de los poemas que la componen. «Cenizas», «Fracaso», «Vejeces», «Orillas» y, desde luego, «Amparo».

La cuarta y última parte, titulada por el autor como «Más o menos», constituye el cierre necesario del libro que ahora comentamos. Benedetti tiene necesidad de abrir caminos suficientemente largos como para ir dando espacio a los pasos que quedan, y el autor apuesta por las preguntas cuyas respuestas amplifican la necesidad de seguir trabajando por ellos. Es curiosa la aparición de dos poemas dedicados al vuelo de los pájaros en los que, psicoanálisis aparte, la conquista del cielo se propone como tema. La necesidad de ser pájaro, la destreza de su vuelo, son descripciones que salvan de la dureza de una realidad terráquea más que terrenal, física más que psicológica. La filosofía se aparece como la moneda de cambio de la desolación.

Pero como un huso que describe la forma de *Canciones del que no canta*, los dos versos finales, pertenecientes al poema «Epílogo» concentran, mejor que cualquiera otros, aquello que yo he tardado tanto en descubrir con esta crítica. Dice el poeta: «Y así una noche llegaré en silencio/ al borde de mi último destino»

La voz ha sido oída, ningún sonido se ha dejado perder con la lectura. Benedetti permanece, aunque tenga intención de negarlo, extraordinariamente vivo ©